

OSCAR WILDE

El Príncipe Feliz

Adaptación de
Eliacer Cansino

Ilustraciones de
Jordi Vila Delclòs



© Adaptación del texto: Eliacer Cansino, 2023

© Ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2023

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2023

Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

Dirección Editorial: Begoña Lozano

Edición: Cristina González

Diseño de cubierta: Óscar Muínelo

Preimpresión: Equipo Bruño

ISBN: 978-84-696-4069-2

Depósito legal: M-29242-2023

Printed in Spain

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

www.brunolibros.es



OSCAR WILDE

El Príncipe Feliz



Adaptación de ELIACER CANSINO

Ilustraciones de JORDI VILA DELCLÒS

 Bruño

En lo más alto de la ciudad,
sobre una elevada columna se alzaba
la estatua del Príncipe Feliz.

Era una estatua muy hermosa,
con el cuerpo recubierto por láminas de oro
y dos zafiros relucientes en los ojos.

También tenía una espada con un gran rubí rojo
en su empuñadura.





La gente que pasaba junto a él se quedaba mirando y exclamaba:

—¡Qué hermoso es! ¡Se le ve tan feliz!

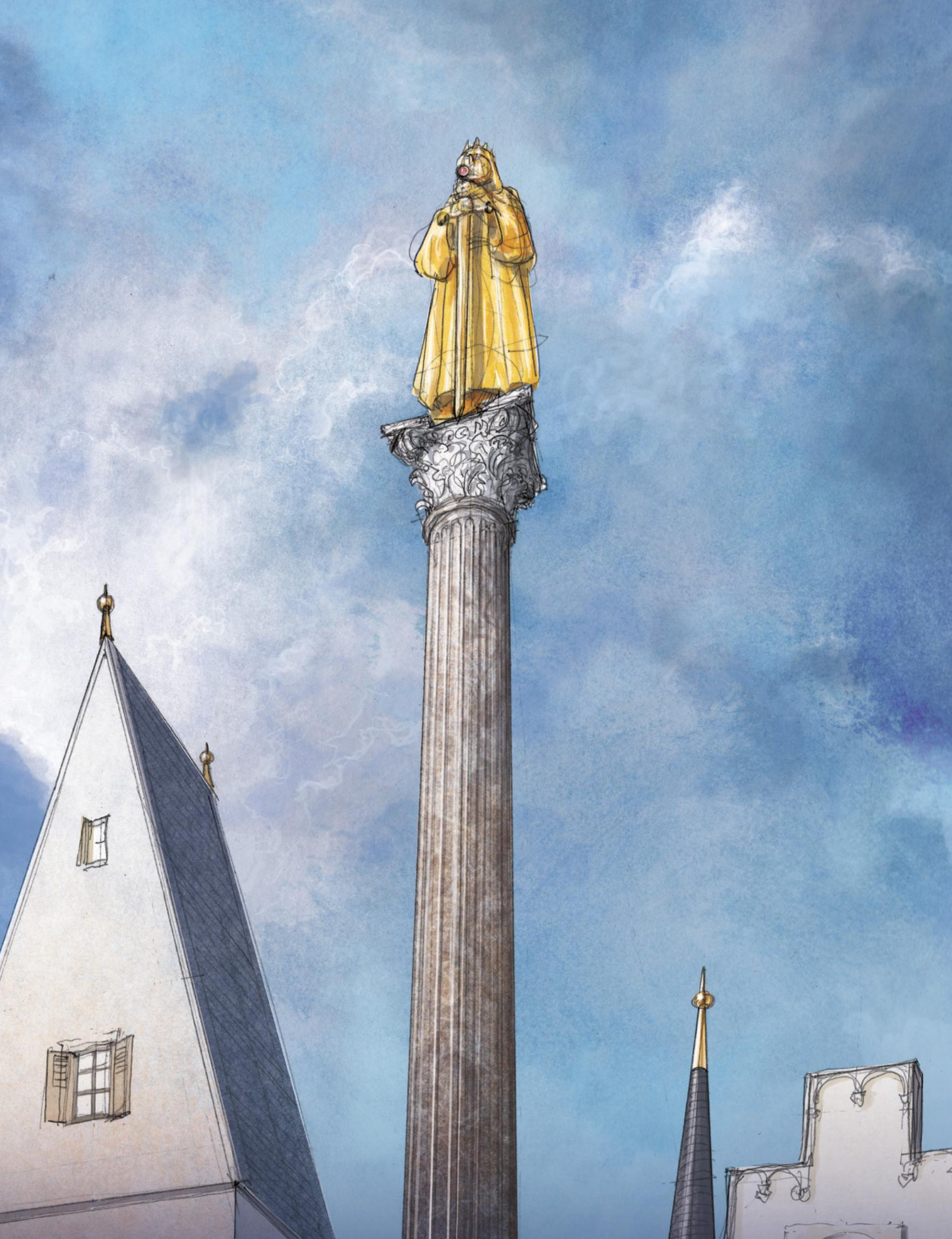
—Parece un ángel —dijo un niño.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó su profesor de matemáticas—. Nunca has visto un ángel.

—Claro que lo he visto —respondió el niño—. Lo he visto en sueños.

El profesor se quedó muy serio porque no le gustaba que los niños soñaran.

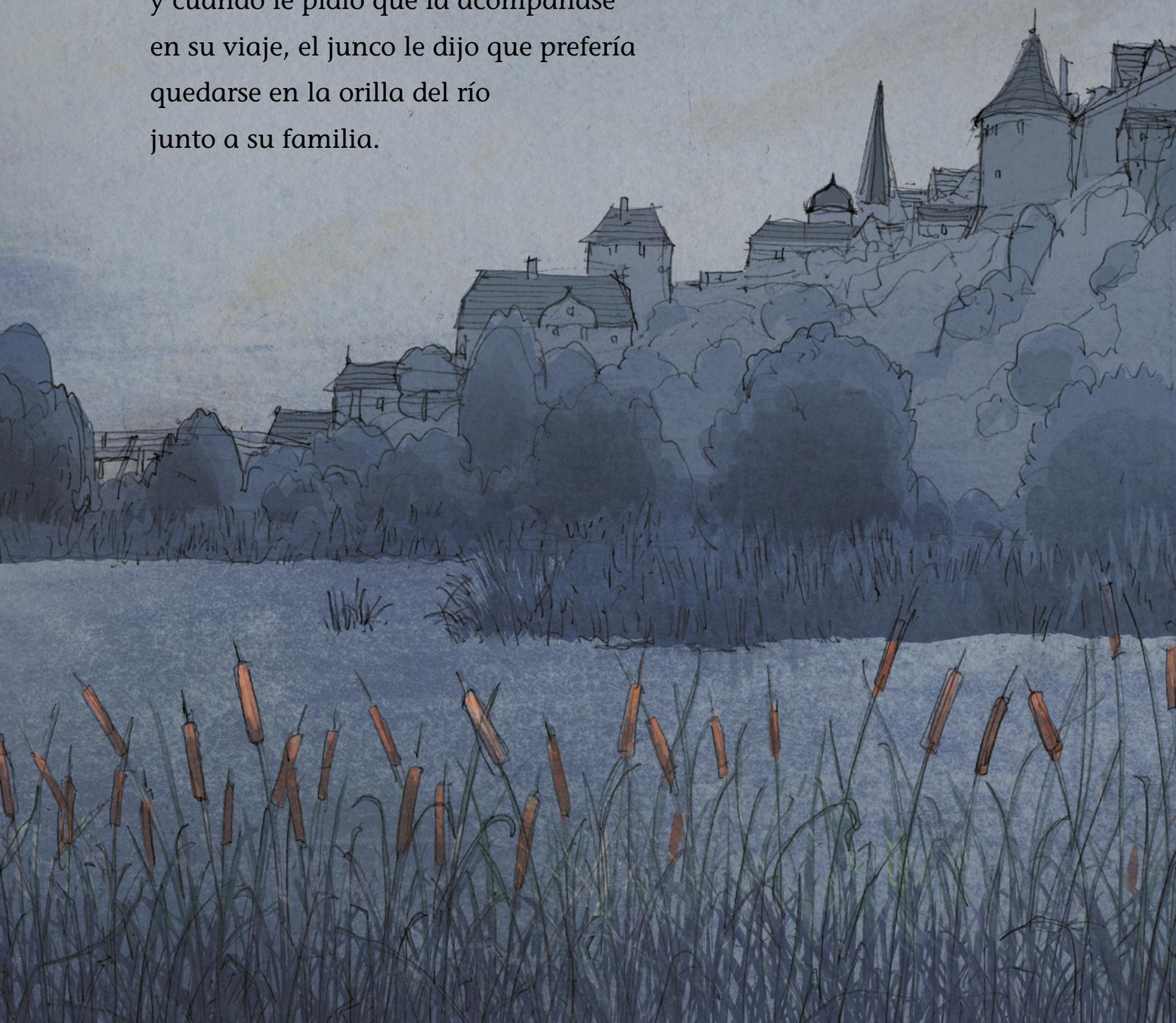


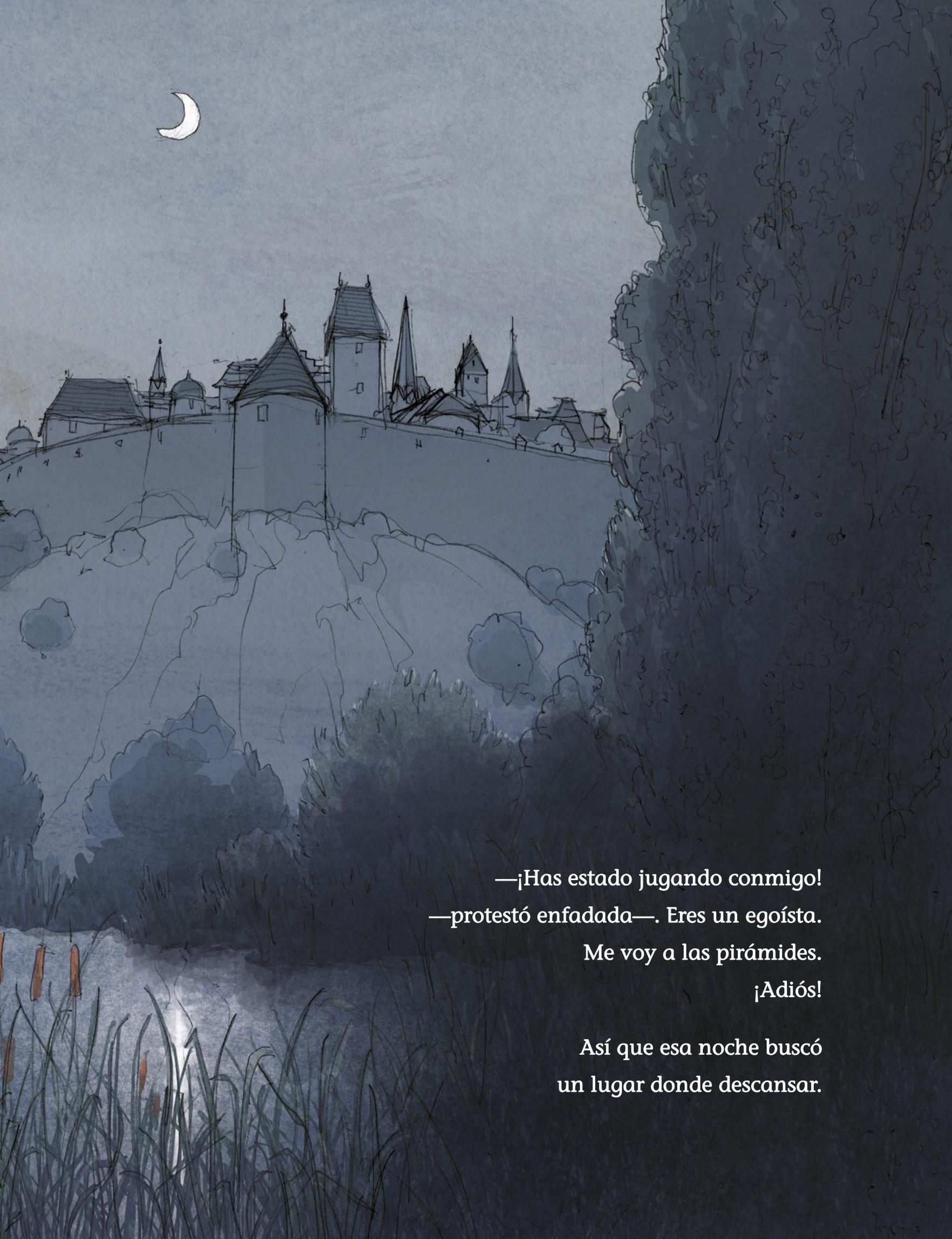


Una noche llegó a la ciudad una pequeña golondrina.
Sus amigas ya se habían marchado a África,
antes de que llegase el invierno,
pero ella, enamorada de un junco,
se entretuvo y no quiso emprender la marcha.



Se pasaba los días revoloteando alrededor de su amado,
haciendo piruetas, pero este apenas le prestaba atención,
y cuando le pidió que la acompañase
en su viaje, el junco le dijo que prefería
quedarse en la orilla del río
junto a su familia.





—¡Has estado jugando conmigo!
—protestó enfadada—. Eres un egoísta.

Me voy a las pirámides.

¡Adiós!

Así que esa noche buscó
un lugar donde descansar.

Voló sobre la ciudad
y al pasar junto a la estatua
del Príncipe Feliz,
iluminada por los rayos
de la luna, pensó que era
un buen sitio para alojarse.

—Esto es como un hotel de oro
—dijo al ver las láminas doradas
que recubrían el cuerpo
de la estatua—. Pasaré aquí
la noche.

Aún no se había dormido,
cuando le cayó una gota
de agua.

—¡Qué raro! —exclamó—.
Llueve y no hay una sola nube.

Al poco le cayó otra gota.

Entonces miró hacia arriba y vio,
con sorpresa, que por las mejillas
doradas del Príncipe corrían
algunas lágrimas.





—¿Estás llorando? ¿Quién eres?

—Soy el Príncipe Feliz.

—Y, si eres feliz, ¿por qué lloras?

—Cuando estaba vivo y tenía un corazón humano, vivía en un palacio. Allí siempre había fiestas, comía los mejores manjares, asistía a los bailes y me divertía continuamente. Nunca salí más allá del jardín y jamás vi a nadie que sufriera. Siempre estaba alegre y todos me llamaban el Príncipe Feliz. Pero después, cuando morí y me colocaron en esta estatua, tan alto, pude ver desde aquí todo el dolor y miseria que había alrededor de mi palacio, en mi ciudad. Y aunque ahora mi corazón es de plomo, no dejo de llorar.

—Vaya, pues sí que estás triste.

